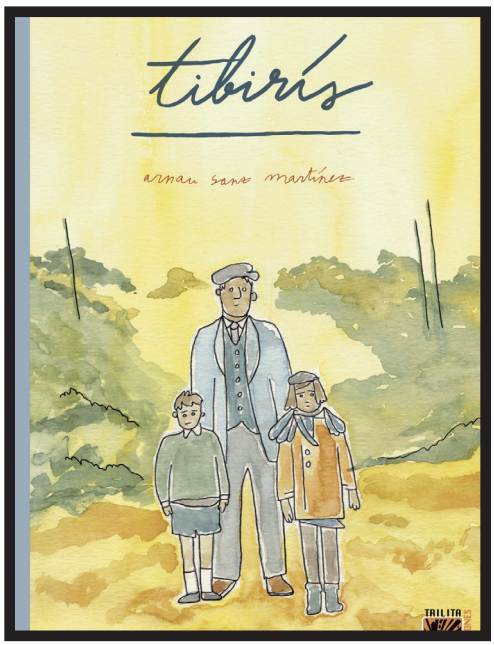
Tibirís

Arnau Sanz

Trilita Ediciones, 2017



Decían Jorge Semprún y Elie Wiesel, en su diálogo con motivo de los cincuenta años de la liberación de los campos de concentración nazis, que es más fácil hablar con los nietos que con los hijos. Tal vez se deba a que la transmisión de los hechos traumáticos por parte de los abuelos ha sido tan afectiva e íntima —más que con la generación de los hijos, que aprendió a callar y a no preguntar— que para los nietos parecen constituir sus propios recuerdos. Esta especial relación entre ambas generaciones se ha desarrollado muy particularmente gracias a la época de «la conmemoración» en la que nos encontramos, cuyo vínculo con el pasado y la memoria ha planteado multitud de debates y reflexiones que colocan en el centro del discurso la voz de los sujetos silenciados por la historia tradicional y oficial. Junto a la inevitable desaparición progresiva de los testigos directos, el interés por conocer la memoria traumática está llevando a los hijos y a los nietos a recuperar y reconstruir la memoria colectiva, y a pensarla socialmente, con una mirada más amplia que, además, apela al recuerdo y a la reparación desde la búsqueda identitaria en la memoria familiar, marcada muchas veces por el miedo, el secreto y el olvido.

Tibirís, del catalán Arnau Sanz, es un magnífico ejemplo de todo esto. El autor de *Llavaneres* (De Ponent, 2015) y *Tito* (AIA, 2016) recopila en su último trabajo la historia familiar a través de una serie de anécdotas dispersas, contadas por sus abuelos en conversaciones cotidianas alrededor de la mesa. El acto de guisar, las recetas y la propia cocina, como espacio femenino por antonomasia, conforman un cierto hilo conductor del presente —frente al hilo conductor en el pasado, Tibirís— en una historia donde el autor ha querido trabajar especialmente con los recuerdos evocados por su abuela, Paquita, que, junto a su tío Tibirís, es la verdadera protagonista.

Sanz propone una representación del testimonio desde la subjetividad, no solo de quien cuenta sus recuerdos, sino también de quien los escucha, que al no vivir los sucesos narrados tiene, por tanto, que imaginarlos. «Sinceramente, se me hace difícil suponer cosas sobre gente que solo he conocido a través de mis abuelos de noventa años». El autor expresa

sus dudas, y nos interpela a nosotros como lectores, acerca del porqué de determinadas actitudes, en un constante diálogo con el pasado a través del cual se cuestiona nuestro propio presente. «¿No es lo que hubiéramos hecho todos?», nos pregunta a raíz de saber que, en casa de su abuela, las mujeres solo comían si del plato de su bisabuelo sobraba comida. «Yo me imagino que siempre sobraba algo para ellas». De este modo, el autor apela a las emociones que genera el recuerdo mediante la interactuación de la narración de los testigos con sus propios pensamientos. Esta subjetividad se ve reforzada gracias al estilo de dibujo esquemático y al uso del color, a base de acuarelas azules con diferentes tipos de pinceladas, muy libres y espontáneas en algunos casos, lo que da como resultado un interesante ejercicio de plasmación de lo que podría ser la forma de recordar, en ocasiones nítida y otras veces más brumosa. Arnau Sanz juega con la fragmentación de la memoria a través de los espacios en blanco del recuerdo y del planteamiento de la historia como una conversación real e informal, donde los temas van y vienen sin un orden preciso ni aparente, tan solo guiados por la presencia intermitente de Tibirís entremezclada con las experiencias personales de Paquita.

«Mi abuela dice que es tonta […] que solo sirve para las cosas de casa», nos cuenta Sanz, en una especie de mantra que muchos de nosotros hemos escuchado de boca de nuestras propias abuelas, víctimas de las marcadas diferencias de género —intensificadas con el nacionalcatolicismo franquista— y del analfabetismo, muy superior en las mujeres durante buena parte del siglo xx. Sin embargo, «tu abuela es tonta, pero cosía muy bien», afirma Paquita desde el orgullo que siente por destacar en aquello en lo que se le ha permitido. Así, a través de sus recuerdos y experiencias, viajamos a la cotidianidad de muchas mujeres de su generación, provenientes de familias humildes, sin acceso a los estudios y trabajadoras desde muy niñas, hasta la llegada de su enclaustramiento en el hogar al contraer matrimonio. Nos hace partícipes del miedo a los curas, del baile como antesala del primer beso, de la despedida del trabajo y hasta de la valentía para conseguir anticonceptivos mucho antes de su legalización. Sobresale el modo en el que Arnau consigue que toda esa cotidianidad se vuelva verdaderamente extraordinaria, como ocurre al contar la llegada de la primera menstruación de su abuela: sin metáforas, sin dramas, sin explicaciones innecesarias; con una naturalidad que sorprende e impresiona, pero que, en el fondo, se agradece.

La historia de sus abuelos se ve salpicada por continuas referencias y recuerdos sobre Tibirís, quien, de un modo u otro, encarna esos miedos, secretos y olvidos de tantas memorias familiares desde la Guerra Civil. Tibirís, tío de Paquita, fue un hombre homosexual durante los oscuros años de la posguerra, que «se cocinaba en un pequeño hornillo en su habitación». Esa imagen, la de alguien que come al margen del resto de la familia, en el espacio íntimo y personal que es su cuarto, es la que da pie a Sanz para rescatar su figura. A pesar de que su nombre da título al cómic, lo que averiguamos de él es más bien fruto del desconocimiento acerca de sus vivencias y experiencias, y, sobre todo, de sus emociones. Los recuerdos de Paquita hablan de un hombre «limpio», «muy cariñoso», «sin pluma»; un joven que iba a cabarés clandestinos donde se juntaba con otros gays, y que disfrutaba de ir a los hospitales a cantar a los enfermos. Resulta un tanto paradójico, por cierto, que Tibirís aparezca cantando coplas de Concha Piquer, diva mimada del franquismo, cuya rela-

ción con Miguel de Molina, exiliado precisamente por homosexual, fue de fuerte rivalidad. Al mismo tiempo, entrevemos a un hombre tímido, discreto, con una relación familiar complicada debido a una condición sexual de la que, sin embargo, no alardea. Desconocemos su vida hasta los últimos años, vividos en una residencia donde no se sentía del todo cómodo. Así, la vida de Tibirís queda marcada por el miedo a la represión, el secreto derivado en discreción por su homosexualidad y el olvido de su propia existencia.

Tibirís no es un cómic histórico ni una biografía, sino un ejercicio profundo de comprensión sobre el funcionamiento de la memoria y el testimonio oral. Su objetivo no es transmitir los hechos *tal cual fueron* —si es que eso se puede lograr, acaso—, sino reflexionar acerca de la relación entre la realidad, el recuerdo y el olvido a través de historias personales e íntimas que, necesariamente, se ven filtradas por su propia visión desde el presente. Se trata, al fin, de un emocionante homenaje a todas las abuelas y abuelos que han hecho de su memoria un lugar donde habitar con sus nietos.

Elena Masarah

Elena Masarah (Zaragoza, 1984) es licenciada en Historia y máster en Historia Contemporánea, está especializada en Historia de las mujeres en la España del siglo XX *e investiga sobre género, cómic y feminismo. Es socia del Seminario Interdisciplinar de Estudios de la Mujer (SIEM) de la Universidad de Zaragoza y de la Asociación de Críticos y Divulgadores de Cómic (ACDCómic).*